

23 de Noviembre de 1975

**PABLO VI  
HABLA A LOS  
MILITARES CATÓLICOS**

BUENOS AIRES

1976

## Presentación

Uno de los acontecimientos más destacados del Año Santo 1975 fue, sin duda, la Peregrinación Militar Internacional que reunió en Roma a unos 16.000 entre Oficiales, Suboficiales y soldados, representantes de distintos países y armas, con miembros de la Cruz Roja Internacional y no pocos familiares de aquéllos, presididos por varios Vicarios Castrenses y Capellanes Militares.

La primera Jornada, el 20 de noviembre, fue dedicada a la fraternidad y la amistad, con la presentación de las banderas de los diversos países en el Palacio de los Deportes de Roma. El 21 por la noche, los militares se reunieron en la plaza de San Pedro para una vigilia de reflexión y oración, a cuyo término Pablo VI se asomó a la ventana de su despacho para dar la bendición a la muchedumbre, mientras potentes focos de las Fuerzas Armadas italianas iluminaban la ventana del Padre Santo y la Cúpula de San Pedro. El sábado 22, la Delegación argentina tuvo su misa jubilar en la Capilla del Santísimo Sacramento, en el interior de la Basílica de San Pedro, y una Audiencia particular del Papa hacia el mediodía. La mañana del domingo 23 culminó el magno acontecimiento en la Misa concelebrada por el Romano Pontífice con algunos Obispos y Capellanes Castrenses, en la plaza de San Pedro.

Dentro de la celebración eucarística, el Vicario de Cristo pronunció una muy expresiva homilía, cuyo texto ofrecemos aquí, traducido al castellano, para provecho espiritual y reconfortante adoctrinamiento de los miembros de nuestras Fuerzas Armadas.

Hemos puesto en la portada de este folleto la fecha del domingo 23 de noviembre, día de esa inolvidable Misa Jubilar. Ello responde al deseo de dar a conocer y poner de relieve el compromiso tomado por los Obispos Castrenses presentes entonces en Roma, de perpetuar el recuerdo de aquella fecha estableciéndola, cada año, en las Capellanías militares de las respectivas naciones como “Día universal de la plegaria por todos los Militares en actividad y en retiro”.

Es que el 23 de noviembre de 1975, fiesta de Cristo Rey, Príncipe de la Paz, quedó constituida en Roma, junto al Pontífice de la Paz, una tácita alianza espiritual de fe y amistad entre Militares católicos de los diversos países, fermento poderoso de un nuevo mundo que nace en el regazo de Cristo.

† VICTORIO MANUEL BONAMIN

Vicariato Castrense para las Fuerzas Armadas  
Buenos Aires.

## I. LA HOMILIA EN LA MISA JUBILAR

(Comenzó el Papa, en italiano)

¡Realmente singular y significativa en el contexto del Año Santo resulta vuestra presencia!

Contemplamos en vosotros la nutrida representación de Militares de las distintas Armas o especialidades, y de diversos y lejanos Países, y consideramos muy propio de nuestra misión apostólica dirigiros una palabra meditada y afectuosa: para exhortaros a hacer vuestros —al igual que los demás fieles— los ideales de la renovación espiritual y de la reconciliación; para acicatearos la intrepidez en el dar testimonio de vuestro cristianismo; para recordar, a la vez, cómo vuestra vida “bajo banderas”, en el cumplimiento de vuestras funciones específicas, no está ni debe jamás estar separada de una visión religioso-moral, coherente, y varonil, sólidamente afirmada.

Saludamos, desde luego, a las personas: a Oficiales y Suboficiales de todos los grados, a Soldados, Marineros y Aviadores, y a todos los que —merced a la articulada complejidad que el servicio militar fue asumiendo en el mundo moderno— os halláis encuadrados en las filas de las Fuerzas Armadas. Después, el saludo a vuestras gloriosas banderas, símbolo palpitable de la Patria, y al mismo tiempo reclamo constante a la fidelidad, al deber, al honor.

### *Una paradoja... aparente*

1. — ¿Por qué habéis venido aquí, a Roma? ¿Por qué habéis sido invitados? Se da en vosotros, ciertamente, una situación aparentemente paradójica.

- a) **Vosotros sois soldados:** no cabe duda de que la imagen que como tales os retrata, se perfila en términos de fortaleza, de esfuerzo, de disciplina, de gallardía, de arrogancia. ¿Ello, no lo hace al soldado “autosuficiente”, es decir, capaz de bastarse solo, gracias a esa arrogancia juvenil? ¿Puede rezar? ¿Puede pedir perdón a Dios?
- b) **Vosotros sois hombres de armas;** estáis sometidos a la disciplina y adiestrados en ella. ¿Cómo puede un hombre de armas presentarse delante de Cristo, que es manso y humilde de corazón (Cfr. Mat. XI, 29) y que dio a Pedro —en la prueba oscura de la pasión— la orden formal de volver a la vaina la espada desenvainada (Cfr. Jo. XVIII, 10-11)?

- c) **Vosotros sois representantes de Naciones diversas.** ¿No es esta representación una especie de oposición, dada la realidad de las persistentes tensiones que afligen a los pueblos? ¿No es como un enfrentamiento entre mundos que parecen irredimiblemente contrapuestos?

Se trata, repetimos, de paradojas sólo aparentes. La realidad es que habéis venido aquí, animados por un común anhelo de rezar y de renovaros interiormente; y que aquí os halláis unidos fraternalmente en el canto, en la participación reflexiva y activa de la celebración litúrgica, formando “un solo corazón y un alma sola” *Acta.*, IV, 32), —a pesar de la diversidad de mentalidades, de lenguas, de civilizaciones— fusionados en un único latido de fe y amor.

### *Hombres de paz, artífices de paz*

2. — Ved entonces cómo se desvanece la paradoja, y resalta lo que verdaderamente sois, lo que vuestra presencia significa para todos vosotros.

- a) **Habéis venido porque vosotros también sois hombres;** y el hombre tiene necesidad de Dios, de Cristo, de religión, de salvación; y experimenta la urgencia de apagar su sed en el contacto con el Hijo de Dios.
- b) **Habéis venido porque vosotros, más que nadie, tenéis necesidad de paz;** y en favor de la paz queréis y debéis comprometeros. ¡Y aquí el recuerdo de las guerras recientes —los dos conflictos mundiales y los intermitentes choques locales— se torna doloroso y punzante a causa de las víctimas que provocaron, jóvenes vidas tronchadas; y a causa de la abundancia de sangre inocente que se derramó! Dediquemos un recuerdo reverente y fiel a tantos caídos, y haya paz en la misericordia de Cristo Salvador para sus almas inmortales. Por lo que a vosotros se refiere, las armas no tienen que ser para la ofensa, sino **solamente y siempre y en todas partes**, para la defensa; una defensa, Dios lo quiera, que no necesite emplear las armas, sino que tienda únicamente a reforzar la justicia y la paz (Cfr. *Rom.*, XIII, 4; *Luc.*, III, 14; XIV, 31): mediante la prevención, el acuerdo leal, el arreglo magnánimo, el perdón generoso.

### *La justicia, fianza de la civilización*

3. — Ahora se ve bien, finalmente, cómo vuestra presencia resulta ser una gran apología: vosotros habéis venido para celebrar la justicia, que es garantía de civilización, de orden, de respeto en el seno de cada pueblo y entre las naciones. ¡Que vuestras armas sean símbolo y defensa de esta justicia, cuyo fruto es la paz! Así enfocada, vuestra función en la sociedad

Habéis venido a celebrar el Año Santo. Sí: os habéis reunido bajo el signo de la Cruz, estandarte glorioso de Cristo Resucitado y victorioso, Rey del Universo. Habéis venido para expresar vuestra fe en Jesucristo, Hijo de Dios y Dueño de la vida, y para dar ante el mundo testimonio de vuestra total adhesión a la Iglesia. Habéis venido para manifestar vuestro profundo convencimiento de que este Reino es un reino de verdad y de vida, un reino de santidad y de gracia, un reino de justicia, de amor y de paz.

Por nuestra parte, os estimulamos hoy, en nombre de Cristo, a partir de este centro de unidad renovados en esos ideales y reconciliados en el sacrificio de Cristo, para dar al mundo, todos juntos, un solemne testimonio: **proclamar con la autenticidad de vuestras vidas cristianas, que Jesucristo es Señor y Rey y Salvador del mundo.**

*(Lo siguiente lo dijo en alemán)*

¿Por qué habéis venido a Roma?

Habéis venido como jóvenes creyentes, plenamente conscientes de que Dios es el auténtico centro de la vida; de que es El, el origen de nuestro ser y nuestro vivir, y de que sin El no podemos nada.

Como soldados, estáis de parte de la justicia y de la paz en el mundo.

Por eso dice el Concilio Vaticano II: “Los que, al servicio de la Patria, se hallan en el ejército, considérense instrumentos de la seguridad y libertad de los Pueblos, pues desempeñando bien esta función contribuyen realmente a estabilizar la paz” (*Gaudium et Spes*, 79).

*(Finalmente dijo, en español)*

¡Sed todos bienvenidos!

Con espíritu penitencial, con ánimo de renovación y reconciliación, habéis venido aquí para proclamar vuestra fe firme y valiente en los ideales de la nueva humanidad, fundada en Cristo, Salvador y Señor nuestro.

En el cumplimiento diario de vuestro deber, que es defensa y garantía de la paz entre los hombres y entre los pueblos, os servirá de valioso estímulo la vivencia del carácter bautismal, el sentíos soldados del Evangelio dispuestos a sacrificarse dando la vida por los hermanos, a ejemplo de Cristo.

civil adquiere su pleno significado. Porque vosotros sois, en efecto, los hombres del deber, de la disciplina y, si fuera necesario, del sacrificio por el bien común; es decir, de la cumbre del amor ("No hay amor más grande que dar la vida por los amigos", dice Cristo: **Jo., XV, 13**).

La paz es todo eso: aquí nos sentimos hermanos, aquí amigos, aquí cristianos. Generosos y gozosos, como vuestra edad bendita, que palpita y avanza hacia el porvenir, garantía de tiempos mejores. Tan sólo en nuestro Señor Jesucristo encuentra su más auténtica raigambre esa paz: y como el centurión, como los soldados del Evangelio, con estos sentimientos vosotros lo encontráis a El esta mañana, en el espíritu penitencial del Año Santo, recibiendo de El la fuerza necesaria para dominar las pasiones generadoras de guerras y restablecer la armonía del amor.

¡A cada uno de vosotros, a vuestros superiores, a los Capellanes Castrenses y a vuestros familiares, a las comunidades de los Pueblos a que pertenecéis, reiteramos nuestro respetuoso saludo con un alborozado augurio de serenidad y de concordia!

*(A continuación el Papa habló en francés)*

#### *Renovación y Reconciliación*

¡Binevenidos! Nos os recibimos como Juan Bautista recibía a los soldados que se les acercaban en busca de la voluntad de Dios, como Jesús recibía al centurión creyente.

¡La Buena Nueva del Evangelio es también para vosotros!

Lo que aquí os ha reunido por encima de las fronteras, es el hecho de que compartís la misma fe de la Iglesia católica y la queríais vivir a través de la actividad y el servicio peculiares que realizáis. Dios os concede la certeza del amor y la esperanza de la paz que necesitan vuestras vidas, y la luz que os esclarece la conciencia. Cristo os robustece el sentido del deber como un servicio; os purifica la sed de justicia; os llama a ser, en la defensa de vuestros conciudadanos, artífices de la paz; El os ensancha la caridad.

¡Dichosos sois por tener este Salvador y este Guía!

¡Ayudad a los demás soldados hermanos vuestros, ayudad a vuestros familiares a abrirse a este ideal, a esta fe, para impulsar la marcha de la humanidad hacia el bien, hacia la paz, hacia la fraternidad!

*(Luego prosiguió, en inglés)*

Nuestro llamamiento a la renovación y reconciliación se ha extendido a toda la Iglesia de Dios. Y vosotros, queridos hijos e hijas, miembros de las Fuerzas Armadas, habéis abierto vuestros corazones para responder a esa llamada con generosidad y alegría.

## II. — LA ALOCUCION A LA HORA DEL “ANGELUS”

Pocos instantes después de acabada la Misa, Su Santidad se asomó a la ventana de su despacho —según suele hacerlo todos los domingos cuando el reloj da las horas del mediodía—, para rezar con los peregrinos presentes en la plaza de San Pedro el “Angelus”, dirigirles una breve alocución e impartirles su bendición apostólica. En tal oportunidad, y ante la muchedumbre de peregrinos, de fieles romanos y de turistas que a esa hora colmaban la enorme plaza, tuvo a bien el Papa referirse una vez más al acontecimiento de la Peregrinación Militar pronunciando estas palabras:

Renovamos nuestro saludo a todos los Militares, a sus familiares, a los peregrinos, a todos los visitantes, presentes en esta ceremonia jubilar, que coincide exactamente con la fiesta de Cristo Rey del Universo, y para nosotros, Rey de la Paz.

Gracias, muchas gracias, queridos hijos, que habéis participado en esta fraterna y religiosa celebración. Gracias a las Autoridades civiles y militares de cada Nación que os concedieron y facilitaron el estar aquí presentes. Gracias a vuestros Capellanes, que os han guiado hasta aquí en este encuentro fraterno e internacional.

Vosotros, hombres de armas, estáis más capacitados que otros para comprender el significado primordial del Año Santo, motivo de esta reunión; el Año Santo, lo sabéis, quiere ser un gran acontecimiento, un gran esfuerzo de reconciliación; es decir, ¡de paz!

¡Nadie mejor que vosotros puede exaltar la paz! Sois soldados para defenderla en la justicia y en el orden. Y si el huracán de la guerra dejó huellas en vuestra existencia, vosotros mejor que nadie podéis apreciar qué supremo bien, para la sociedad nacional e internacional, es la paz que queréis garantizar a las familias y a los pueblos.

Dos principios iluminan hoy nuestro pensamiento:

En primer lugar: la paz es un deber, un deber difícil. Es necesario no sólo defenderla, sino construirla en la justicia, en la hermandad, en el perdón, en la buena política y, si es preciso —esperemos que nunca sea necesario— en el sacrificio. La paz no es el resultado de la inercia, de la pasividad, de la debilidad, de la vileza; ni siquiera es un equilibrio provisorio de fuerzas contrastantes. La paz debe ser un programa enérgico de relaciones humanas inspiradas en la justicia, en la hermandad, en la colaboración; y vuestra vida militar bien puede ser una pedagogía social inspirada en estos deberes trascendentales, en estos generosos propósitos, que tienden a la auténtica paz.

El segundo principio —que si es válido para todos, para nosotros es el resultado luminoso de nuestra fe religiosa—, es éste: Cristo, solamente Cristo es el verdadero Maestro del amor y de la vida. Así, en su Nombre, lanzamos un “¡Viva!” a vuestras patrias y damos a todos, con la intercesión de María, la Reina de la paz, nuestra bendición.

---

Impreso en los talleres gráficos de la Dirección Nacional del Registro Oficial